

emplear su tiempo en lo que mejor les conviniera. ¡Coincidencia curiosa! Estos tenían las trazas de pordioseros á las puertas de Miramar, como Carlota y Maximiliano las tenían también de mendigos á las puertas de los palacios de los sobranos de Europa.

El 9 de Abril era sábado. Francisco José llegó con su acompañamiento al castillo de Miramar á las 10 de la mañana. ¡Qué inusitado vaiven de gentes entonces en la morada archiducal! ¡cuántas libreas distintas! ¡cuántos uniformes de guardias y de marinos! ¡cuántos personajes franceses, austriacos, italianos, belgas, alemanes y hasta españoles! Lo que no había allí en esos momentos era un solo mexicano ni para remedio. Todos estaban en Trieste, según la expresión más vulgar que se conoce, *teniéndole la geta al burro*. Esperaban que los amos se arreglaran como pudieran para ser llamados á representar el papel insignificante en sí, pero de mucha formalidad que se les había asignado en la comedia. Eran la parte decorativa de más relumbrón en el escenario.

Los dos austriacos se encerraron en la Biblioteca.

—Cuánto te agradezco, hermano, que hayas venido! suspiró Maximiliano luego que estuvieron solos. Ante todas cosas: ¿debo hablarte en el seno de la fraternidad ó como á mi soberano?

—Quiero que hablemos como dos buenos amigos.

—¡Qué feliz seré yo si me traes la nueva de haber retirado ya ese pacto de familia!

—Bien sabes, Maximiliano, que es imposible.

—Y si no lo firmo?

—Eres libre de no firmarlo. Para ese evento, apenas hayas dejado nuestras costas, el Reichstag pu-

blicará un decreto diciendo que has dejado de pertenecer á la familia imperial. El *Novara* y demás buques austriacos que he puesto á tu servicio, tienen órden de retirarse esta tarde si no firmas el documento.

—Eso no importaría: tengo la fragata francesa *Themis* y los buques italianos que yo quisiera á mi disposición.

—¡Quiere decir que hoy se efectúa nuestro rompimiento!

—¡Oh! no, no; exclamó Maximiliano cayendo de rodillas, por favor te pido que me libres de tanta humillación. Toda la Europa está riéndose de mí en estos momentos. Hermano, hermano querido, no seas inexorable

—Levanta, levanta. Tú tendrías que hacer lo mismo en mi lugar. No es exigencia mía: es acuerdo de todos los políticos y resolución de la familia. Hay una razón en todo esto que ni tú ni yo tenemos poder para cambiar.

—¿Qué razón es esa?

—La razón de Estado.

—Como si yo, yéndome tan léjos, pudiera alguna vez ser un obstáculo para la política austriaca!

—¡Quien sabe!

—¿Entonces no hay otro remedio?

—¡O firmar ó renunciar á la corona de México!

—Bien sabes que estoy comprometido con Napoleón y principalmente con Carlota.....

—Eres libre de escoger el extremo que gustes en esa alternativa.

Maximiliano siguió insistiendo: empleó los ruegos, empleó las lágrimas, empleó las amenazas, empleó

cuanto pudo surgerirle su inteligencia en aquella situación; sin que adelantara nada en el ánimo sereno y frío del Emperador.

—¡Basta! le dijo este al fin, firmas ó me marchó.

Maximiliano se mesó los cabellos y no pudiendo soportar más su angustia, salió de la biblioteca y echó á correr como loco por los jardines. Fué necesario que el conde de Bombelles, su consejero, fuera á alcanzarlo y lo calmara diciéndole que estaba dando un espectáculo á la corte.

Cuando volvía vió que la princesa Carlota se asomaba á una ventana y le decía con desesperación:

—Firma de una vez ó estamos perdidos.

—Voy á firmar, contestó Maximiliano con voz débil, y siguió andando como si lo llevaran al patíbulo.

El pacto de familia se firmó entonces en el principal salón del castillo y se le dió lectura en presencia de un numeroso concurso. Carlota invitó á sus huéspedes al suntuoso almuerzo que había preparado y llena de una inmensa satisfacción formó pareja con el emperador de Austria, mientras que Maximiliano la seguía de cerca dando el brazo á otra dama, llevando en el rostro marcadas las huellas de la más profunda aflicción.

Los dos hermanos estuvieron tristes ó por lo menos graves y sérios en la mesa, y á la una dió la señal de marcha Francisco José. La corte lo siguió á la estación situada en el límite del bosque de Miramar, y una vez allí, de pronto se volvió el Emperador á su hermano y con un nudo en la garganta apenas pudo decir:

—Max....

El archiduque se echó en sus brazos llorando y siguió la imponente escena de ternura fraternal.

¿Sería, pues, aquella la última despedida de los dos hermanos?

El tren partió á poco y Maximiliano se volvió al castillo encerrándose en sus habitaciones sin hablar con nadie. Solamente al oscurecer mandó un emisario á la comisión mexicana con el recado de que la esperaba al día siguiente.

Entonces fué cuando se presentó Carlota que lo acechaba y le dijo:

—Animo, príncipe: la suerte está echada; el porvenir es nuestro.

—¡El porvenir! murmuró Maximiliano con amargura. Ahora te preguntaré parodiando á uno de los antiguos héroes mexicanos, ¿crees que vamos á estar allá en un lecho de rosas?

—Lo que creo es que vamos á fundar nuestra dinastía bajo las condiciones más favorables que pueden apetecerse. Nos espera un gran pueblo ansioso de que lo gobernemos; la Europa nos sostiene y principalmente la Francia nos da su apoyo decidido; los primeros banqueros nos abren sus cajas para darnos crédito y tenemos los suficientes adictos personales para estar á salvo de toda clase de contrariedades. Poco tendremos que poner de nuestra parte para establecer en el fondo de América una monarquía que será envidiada de todas las viejas naciones.

Maximiliano se sonrió con amargura y contestó:

—Te formas un mar de ilusiones, Carlota, que acaso desde el primer instante en que estemos coronados empezarán á desvanecerse. Nosotros no vamos

llamados por ningún pueblo, que no nos conoce, sino por una fracción, importante, sí, pero profundamente dividida y sobre todo engreida con sus prácticas supersticiosas. Desde el momento en que no devolvamos sus bienes al clero ni demos á este la supremacía que siempre ha tenido, toda esa gente rezagada de la civilización se volverá contra nosotros. Esos montones de actas de adhesión, no son mas que otras tantas supercherías de Bazaine y los comisionados que han recorrido las poblaciones, imponiéndose con el miedo que producen las bayonetas. Será mucho que entre esos millones de firmas haya quinientas que sean auténticas y de personas de alguna consideración. ¡Que nos apoyan las potencias! ¿Y crees tú que no nos vuelvan las espaldas cuando se establezca la paz en los Estados Unidos y el gobierno republicano empiece á ver con ojos airados que se le ha plantado de vecina una monarquía? ¡Dices que tenemos adictos valiosos! Pues no han de valer mucho en su propio pais, vida mía de mi alma, cuando en dos años ni ayudados por un ejército extranjero de cincuenta mil hombres, han logrado someter á los enemigos para entregarnos pacificado el imperio que han venido á ofrecernos.

Poco tuvo que contestar Carlota á estas objeciones; pero si le faltaron razonamientos, le sobraron sonrisas, que era con lo que vencía á Maximiliano en los momentos críticos.

—Sobre todo, le dijo, si vamos á luchar, lucharemos. Aquí nunca llegariamos á ser en nuestra situación y ante la sórdida avaricia de tu hermano, más que unos pobres archiduques agobiados de deudas.

—Es la única razón que me persuade: la de la necesidad. Mañana, pues, apuraré el caliz.

Y en efecto, al día siguiente se verificaron las ceremonias de la aceptación de la corona con toda la pompa con que las han referido los historiadores.

Nosotros les consagraremos aquí unas cuantas líneas para que no quede trunca en punto tan importante nuestra relación.

Primero había convidado Gutierrez Estrada á todos los mexicanos que se encontraban en Europa para que asistieran á las ceremonias; pero después los desconvidó diéndoles con mucha pena que su Alteza Imperial no quería que asistieran sino las personas que él expresamente designara, así es que como unos doce ó quince de los más furiosos imperialistas se quedaron en Trieste ó en Viena diciendo:— ¡Miren que caso!

Escrita esta nota esencial las cosas pasaron así:

A las diez de la mañana del 10 de Abril de 1864 el conde Hadik se presentó en las Casas Consistoriales de Trieste donde esperaba la comisión mexicana. Esta se acomodó en cuatro lujosos carruajes y precedida de batidores y aclamada por la multitud, se presentó en el castillo de Miramar y fué introducida al gran salón azul del piso bajo donde se encontraba ya reunida una numerosa asamblea compuesta de personajes de ambos sexos de Francia, de Austria, de España, de Italia y de Bélgica. Entre otras personalidades se mencionan: el general Frossard y Mr. Herbert representantes de Napoleón III; el conde de Gratz ministro de Bélgica en Viena, el conde Zichy, gran maestro de la casa de la Emperatriz, Monseñor Rachich,

Fray Tomás Gómez, preceptor, y otros varios condes y condesas, parientes, amigos y criados de Maximiliano y Carlota, quienes ya á esas fechas tenían á su servicio á más de una docena de nobles europeos que andaban tronados y que también veían como una tabla de salvación al improvisado imperio mexicano.

Maximiliano estaba bajo palio en la cabecera del salón teniendo á su izquierda á la Archiduquesa y á su derecha una mesa con tapiz rojo conteniendo las actas de adhesión al Imperio levantadas por las armas francesas en las poblaciones indefensas que habían caído en su poder.

Ya se recordará, y esto entre paréntesis, que muchas ocasiones luego que se salían los franceses de los pueblos estos daban por nulas las actas y se pronunciaban por Juárez y por la República.

Vestía Maximiliano uniforme de almirante austriaco y Carlota un traje de seda color de rosa con la cinta de la orden de Malta y llevaba en la cabeza una diadema de brillantes adquiridos recientemente. El primero estaba muy pálido.

Gutierrez Estrada, adelantándose del centro del semicírculo que había formado la comisión en la mitad de la sala, repitió, corregido y aumentado, su discurso del 3 de Octubre precedente.

Maximiliano, que también tenía su *speech* aprendido de memoria, dijo en términos generales cuál iba á ser su programa de política en México, fiado en aquellas actas de adhesión que estaban amontonadas simétricamente en la mesita de la carpeta colorada.

Gutierrez Estrada, en nombre de la comisión y de la Nación Mexicana, recogió la aceptación de Maxi-

miliano y se acercaron los clérigos que allí había entre los que figuraba el Dr. Montes de Oca, el que es hoy obispo probablemente, y sostuvieron en las manos el libro de los Evangelios sobre los cuales juró el nuevo Emperador fidelidad á su nueva patria.

Gutierrez Estrada, conforme al ceremonial prescrito, dijo con grave entonación:

—¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!

Y los criados propios y ajenos que formaban fila desde las puertas del salón hasta la cocina, gritaron con algo más de animación:

—¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!

En esos momentos se izó el pabellón mexicano en la torre del castillo y fué saludado con una salva de veintiún cañonazos por la fragata *Bellona* que había atracado junto á Miramar con ese objeto.

La concurrencia se dirigió en procesión á la capilla, se cantó el *Te Deum* y se recibió el juramento á los nuevos funcionarios imperiales. Todos los que estaban presentes, aun los clérigos, fueron agraciados con cargos y comisiones de importancia.

A la una se sirvió un ligero almuerzo. El gran banquete debía ofrecerse por los augustos castellanos á las ocho de la noche.

En el resto del día firmó Maximiliano la convención que le ataba al carro de Napoleón III, principalmente por sus cláusulas secretas y firmó también un sin número de cartas, decretos y nombramientos que tenía preparados anticipadamente, siendo uno de ellos el que daba á D. Juan Nepomuceno Almonte la investidura de Lugarteniente del Imperio.

Al llegar la noche, Maximiliano, que en medio de